

SENSACIONES

...de una época de nuestra vida, en la que aún, para nosotros, los años eran largos y el tiempo transcurría de forma lenta, muy lenta

PROLOGO

Si me permitís, me gustaría leerlos estos escritos, con respecto a los cuales he de significar que todo lo que aquí se narra, está basado en hechos reales.

Quisiera mostrar aquí mi agradecimiento a los compañeros que aquí menciono, por haber utilizado su nombre sin que ellos lo supieran. Gracias también a los que cito por alusiones. Sin todos vosotros estas historias no serían verosímiles.

Tal vez, alguno de vosotros entrevea en mi lectura algo de ironía, y puede que no le falte razón, pero lo que sí os puedo asegurar, es que está escrito con mucho cariño.

Está narrado en primera persona, pero los protagonistas sois todos vosotros, ya que yo creo, que todos los aquí presentes, en su paso por Escolapios, habréis experimentado unas sensaciones parecidas o similares a las que yo he tratado de transmitir.

INTRODUCCION

Dicen los más viejos, y no les falta razón, que conforme pasan los años nos vamos dando cuenta de las pocas cosas realmente importantes que suceden en la vida de una persona.

Así, el nacimiento de un hijo o nieto, la muerte de un ser querido, el día de nuestro matrimonio o tal vez el de nuestra incorporación a filas o el fin de una carrera, serán los momentos que para siempre nos marquen con un antes y un después. Algunos, ya pocos, recordarán, envuelto en la nebulosa del tiempo, el día de su primera comunión y cómo no, esa etapa de nuestra vida que se corresponde con nuestros años de primera juventud y adolescencia, que se corresponde con nuestra infancia, con nuestros años de colegio. El Colegio.

Una época ya lejana; época de muchas sonrisas y pocas lágrimas, una época en la que aún, para nosotros, los años eran largos y el tiempo transcurría de forma lenta, muy lenta.

Todos hemos evolucionado; no somos tan pragmáticos como lo era la gente que en los años cincuenta y sesenta tenía la edad que nosotros tenemos hoy, nos hemos vuelto más flexibles, más tolerantes y abiertos, nos hemos dado cuenta de que existen otros colores además del blanco o del negro, del rojo o del azul.

Por respeto a esa evolución, no he querido denominar estos escritos, como alguno de vosotros me sugiriera, “Montañas Nevadas”.

Por respeto asimismo, a muchos de los aquí presentes, que allá por el setenta y dos, se decantaron por opciones científicas, tampoco he querido llamarlos, como otros me apuntaran, “Rosa, Rosae”.

Y es que amigos, nos hacemos mayores, unos más que otros, es cierto, pero todos nos vamos haciendo mayores. De ahí nuestra memoria disléxica, hasta el punto de que si alguien nos preguntara qué hicimos la semana pasada, fuera de nuestra rutina habitual, muchos tendríamos que hacer un verdadero esfuerzo para contestarle; si se interesara por lo que hicimos el mes pasado, la mayoría de nosotros tendríamos que tirar de agenda, y paradójicamente, prueba inequívoca de nuestra senectud, es con qué fuerza, con qué nitidez, afloran ante nosotros, sobre todo por Febrero, los sentimientos, las sensaciones que en nosotros dejó nuestro paso por el Colegio. Otra vez el dichoso colegio.

No recordaremos ni siquiera el aspecto físico que teníamos, salvo cuando Ruiz-Garrido nos hace sonreír mostrándonos viejas fotografías en blanco y negro, no sabremos repetir las palabras exactas que nos dirigió aquel profesor o el atinado consejo de ese otro sacerdote, pero las sensaciones que a mí me desbordan cuando nos reunimos, me hace pensar que a los cinco sentidos le sigue faltando uno: el del corazón.

Por eso he querido titular estos folios de esta forma tan simple y a la vez tan compleja, SENSACIONES.

SENSACIONES..... de ingenuidad infantil

Cuando por vez primera recorrí los pasillos del antiguo palacio de Ponce León, lo hice acompañado de mis padres. Pretendían incorporarme a la prestigiosa institución escolapia, mas no contaban con el “stopper” que suponía el Padre Rufino.

“¡Alto Ahí!”- les dio a entender el cura-, “aquí no entra cualquiera. Aquí no entra cualquiera, a no ser que acredite unos exhaustivos conocimientos de todas las materias, no en vano, esto es una institución centenaria, honra del mundo estudiantil,

forjadora de futuro, nuestros alumnos alcanzarán las cotas más altas dentro de nuestra sociedad, si se lo proponen incluso podrían llegar algún día a ser alcaldes...” y bla,blabla,.. bla,bla,bla...bla,bla,bla.

Tras esta calurosa bienvenida, y un tanto anonadados, hizo que le acompañásemos hasta un decimonónico despacho. Una vez allí, Rufino se recostó sobre el tablero de caoba de su mesa de trabajo y se cruzó de brazos, mis padres se sentaron en unos sillones Luis XV, forrados con terciopelo rojo, yo permanecí entre los dos bandos, en tierra de nadie, serio y firme, como un vulgar San Sebastián a punto de ser asaeteado a preguntas, y es que ya no me cabía la menor duda, Rufino quería poner a prueba mi intelecto.

Me preguntó los ríos de España. Yo en aquella época era un memorieta, me los sabía de años anteriores, estudiando la Enciclopedia de Álvarez, sí, ese libro gordo donde Dios era un triángulo con un ojo en medio y que tenía un dibujo en el que un ángel custodio, antorcha en mano y cara de mala leche, expulsaba del paraíso a los buena gente de Adán y Eva, cuando mejor se lo estaban pasando. De manera que no tuve dificultad alguna en contestarle, ya sabéis, aquello de Miño, Duero, Tajo,...etc...etc...

“¡Bien!” – asintió Rufino ante la sonrisa displicente de mis padres-.Yo pensaba que ya tenía todo el trabajo hecho, pero, iluso, cuando más confiado estaba, el cura canijo volvió a arremeter contra mí. Esta vez para verificar mis capacidades científicas.

Me preguntó en esta ocasión cuánto era un medio más un medio. Comprenderéis, que a tan temprana edad, aún no teníamos debidamente asumido el concepto de números quebrados, por tanto, no tuve más remedio que hacer un mohín con la boca, encogerme de hombros y poner cara de ignorancia supina.

Rufino, hábil pedagogo me quiso ayudar.

“Niño”, -me insistió-, “si yo te doy media naranja y después otra media naranja, ¿cuántas naranjas te he dado?”.

¡Qué pregunta más tonta?- pensé yo-, como si no supiera todo el mundo que media naranja más media naranja son dos medias naranjas, pero algo me indicaba que no contestara, podía ser una pregunta trampa. Por tanto, no tuve más remedio que pensar.

Hice cálculos mentales, pero las cuentas no me salían, sometí a mi cerebro a una brutal concentración, sumé con los dedos de la mano, pero las cuentas seguían sin salirme, empecé a sudar. Mis padres fueron cambiando su sonrisa displicente por cara

de mosqueo. Por fin, tras unos segundos interminables, San Pompilio, a quien yo aún no conocía, querría ficharme para sus escalafones inferiores, me iluminó, una luz se encendió en mi cerebro, hasta que por fin pude contestar, bajito y dubitativo “¿una naranja entera?”.

Supongo, que abrumado ante tanto caudal de conocimiento, Rufino, previo pago por parte de mis padres de tasas, inscripción, seguro escolar, matrícula y primera mensualidad, no tuvo más remedio que consentir definitivamente, que ese diamante en bruto que tenía delante, ingresara en la élite de las huestes de San José de Calasanz, en la categoría de mediopensionista.

De esta mi primera reunión de trabajo, yo saqué dos importantes conclusiones: primera, que no había alumnos torpes sino profesores mediocres y segunda y mucho más importante aún que la primera, que las ciencias nunca serían lo mío.

SENSACIONES.....de temores infundados

A las catorce horas de un día de mediados de Septiembre de 1.964, yo me encontraba en un rincón del patio de cemento, tristón y cabizbajo.

Era mi primer día de colegio.

En el recinto rectangular del patio, un centenar largo de enanos, corrían chillando como alma que el diablo se llevase, elevando al cielo agudos e insoportables sonidos guturales. Parecía que se lo pasaban bien y era lógico, todos se conocían de cursos anteriores, excepto yo, quien por ser mi primer día, no conocía a nadie, no tenía amigos.

Vestíamos un extraño atuendo: una saya hasta las rodillas, abotonada en el centro, trinchas en la cintura, bolsillos laterales y uno en la parte superior izquierda, decorada con finas listas verticales azules y blancas. Muy parecido al uniforme que usaban nuestros soldados de Ultramar, pero en chiquitito.

Se completaba con corbata roja, de la que no podía decirse que fuese anudada al cuello, ya que el nudo lo traía hecho de fábrica. Corbata y nudo se unían a la camisa mediante una cinta elástica, cinta que nuestras madres, en su ingenuidad, pretendían que nos durase todo el curso, y que nosotros, intentando comprobar su resistencia, jalábamos de la misma, hasta que por una elemental ley física, la dichosa cintita terminaba por romperse y de camino le saltábamos el ojo al compañero que teníamos al lado o a nosotros mismos.

Del centenar largo de enanos que había en el patio, muchos corrían tras una pelota de goma, otros saltaban a piola, algunos, simplemente, se peleaban. Excepto yo, que continuaba mirando al suelo, asustado, a merced de lo que quisieran hacer conmigo esos niños gritones.

Yo debía de tener la misma cara que se le puso a Errol Flynn cuando, interpretando al General Custer, se vio rodeado por diez mil indios apaches en la batalla de Little Big Horn.

De pronto y ante mi asombro, observé que uno de esos enanos venía hacia mí, andando pausadamente, cachazudo. Tendría poco más o menos nuestra misma edad, pero parecía mayor, como si estuviese de vueltas de todo y fuese un auténtico veterano. Continuaba aproximándose lento y tranquilo, ¡ah!, y venía comiendo pipas.

El uniforme ofrecía un aspecto lamentable, como si el niño hubiese corrido tras la pelota de goma, hubiese saltado a piola y se hubiese peleado al mismo tiempo. La corbata, como solemos llevarla nosotros tras asistir a una “cena de trabajo” o a una reunión con los antiguos alumnos.

Le recuerdo con la cara sudorosa y redondeada, no ovoide como la de la mayoría de nosotros, nariz respingona, pelo de color indefinible, escaso y rizado, su cabeza parecía la de un hombre con entradas. Atlético, pero metido en carnes, por no decir gordo, como evidenciaba su cinturón, abrochado bastante por debajo del ombligo.

Me preguntó mi nombre, que en qué curso estaba, en qué letra, de qué colegio venía..., en fin, las cosas que un niño pregunta cuando quiere hacerse amigo de otro. Comencé a sonreír y a ganar confianza en mí mismo, mi nuevo amigo me inspiraba tranquilidad y sobre todo, seguridad ante la turba multitudinaria que me rodeaba y además, ¡maravilla!, cuando mi amigo intuía que la pelota de goma iba a pasar cerca de donde nos encontrábamos, sin dejar de escupir cáscaras de pipas, se revolvía y la golpeaba con su pierna izquierda, con una potencia tan inusitada, que la pelota rebotaba en la pared contraria cayendo nuevamente sobre el terreno del patio.

Después ya sabéis lo que pasa a esta edad, que los amigos de unos días son sustituidos por los amigos de los días siguientes.

Recordaréis, que unos años después, los curas nos hicieron escribir una redacción sobre los amigos. Pues bien, os confieso que cuando yo la escribí, lo hice pensando en ese mi primer día de colegio, y sobre todo, en ese mi primer amigo, tranquilo y

cachazudo, con aspecto de veterano, de faz sudorosa y redondeada, de nariz respingona y de pelo de color indefinible, escaso y rizado.

Nunca supe su nombre de pila. Sí sus apellidos, se llamaba Pérez Martín y sus amigos de entonces, que lo siguen siendo ahora, le recuerdan con el cariñoso apelativo de El Gordi.

SENSACIONES de estupor

Cuando una mañana, al pisar el patio de arena, recibí una magnífica hostia de manos de un niño falangista llamado D. Antonio Alejo. Yo no había dado motivos, tampoco le pregunté el porqué. En aquella época ya sabéis que estas cosas no se cuestionaban. Se cobraba y punto.

Créanme que cuando digo hostia sé de lo que hablo.

No me estoy refiriendo al popular y conocido cosqui o capón con el que los curas nos acariciaban el cráneo cuando no guardábamos el orden en las filas.

Tampoco me refiero a esos tirones de patillas con los que los profesores nos obligaban, para mitigar el dolor, a izarnos sobre la puntera de nuestros zapatos, haciendo que por momentos nos pareciéramos a las bailarinas del Bolshoi.

Ni mucho menos hago alusión a esa sucesión ininterrumpida de golpes de toda índole, con los que D.Luis Portillo nos amenizaba las clases; a veces iban acompañados con expulsión de babas y esputos salivales, que al caer sobre nuestros cuadernos, emborronaban las ya de por sí ininteligibles fórmulas de física.

Golpes dados con razón: no se puede ir por la vida sin conocer al pié de la letra, las importantísimas leyes de Boyle y Mariotti.

A propósito de D.Luis Portillo, o... casi mejor, a propósito de Boyle y Mariotti. El día que tocó ese tema, vital para nuestro futuro, D. Luis inició las explicaciones con el ímpetu y la seriedad que el asunto requería. De forma que se llevó toda la hora, que si Boyle y Mariotti para arriba, que si Boyle y Mariotti para abajo. Yo por no saber, nunca supe, ni falta que me ha hecho, si Boyle y Mariotti fueron dos científicos, o si como en el caso de nuestro D. Santiago Ramón y Cajal, uno solo.

No sé si dije anteriormente que las ciencias nunca sería lo mío, y a las pruebas me remito. No pensaba perder una hora de mi preciosa vida, máxime, teniendo cosas mucho más importante que hacer. Por ejemplo, jugar a los barquitos.

Mi rival, Fernando Cobo.

En mi imaginación, yo era el general Mcartur, Fernando Cobo el Emperador Hiro Hito y un folio cuadriculado, el Océano Pacífico.

La batalla fue dura y sangrienta, costosa en vidas, ambos bandos habíamos sufrido numerosas bajas, pero al final de la misma y en una hábil maniobra naval de mi contra maestre, habíamos acertado con un torpedo en la línea de flotación del buque-insignia japonés. ¡TOCADO!. El portaaviones Fujillama, capitaneado por el propio Emperador, acusó el impacto, se escoró de babor y comenzó a hacer aguas. La moral de la armada japonesa se resquebrajó, hubo dudas en su formación y yo quise aprovechar el momento para conseguir la victoria, pero justo en el instante en que me disponía a comunicar a mis artilleros las coordenadas exactas (A-8), para de una vez mandar al fondo al orgulloso navío, justo en ese mismo momento, levanté la vista, pero en lugar de toparme con los ojos de un asustadizo Hiro Hito, me topé con los ojos, fuera de sus órbitas de D. Luis Portillo. Estaba plantado ante mí, alto y seco como un ciprés. Con un parecido físico espectacular al Christopher Lee del Conde Drácula, pero con bigote y corbata. Su mirada, sanguinolenta, iba, ora al Océano Pacífico, ora a mí, ora a mí, ora al Océano Pacífico.

Me preparé para lo peor.

“Arma Mía”, -me preguntó mientras se arremangaba las mangas de su camisa-, “¿De quién llevo yo una hora hablando?”.

En el fragor de la batalla, resonaban en mis oídos los nombres de dos personajes de ascendencia italiana, Boyle o Boili, Mariotti..., los tenía en la punta de la lengua pero en ese momento no los recordaba.

Sí recordaba en cambio, que un par de días antes, se había estrenado en el cine Trajano, una película de arte y ensayo, acerca de la vida de dos personajes también italianos. Por el interés demostrado por la película, así como por la importancia que D.Luis le daba a su tema, pensé que tal vez se refiriese a los mismos señores cuyas andanzas se representaban en el Trajano. Así que le contesté sin dudar:”D. Luis, usted estaba hablando de las Leyes de Sacco y Vanzetti”.

Su respuesta, contundente, no se hizo esperar. Sin previa declaración de guerra, se abalanzó sobre mí y recibí impactos por babor y por estribor, por la popa y por la proa, mientras el astuto Fernando Cobo, perdón, Hiro Hito, escondía el Océano Pacífico entre sus apuntes y agachando la cabeza hacía como el que estudiaba.

No sé qué me dolió más, si la paliza recibida o vuestras risas malévolas ¿Cómo es posible – me preguntaba y me preguntaré siempre-, que concediéseis más importancia a las Leyes de Boyle y Mariotti, que al hecho de que yo pudiera acabar de un plumazo con la Segunda Guerra Mundial...?

Preguntas, preguntas sin respuesta, que me llevaré a la tumba.

Pero son sensaciones.

SENSACIONES... de comprensión quizás tardía, hacia ese sacerdote empeñado en que aprendiésemos la lengua de Séneca. Entre sentencias de Cicerón y arengas de Catilina, liaba y fumaba tabaco de picadura, ¡cómo me recordaba a mi abuelo!

De maneras un tanto hoscas y oronda figura, jamás obtuvo un máster en psicología juvenil, no había leído a Summerhill ni la Teoría de la Educación, no fue un insigne pedagogo ni siquiera un mentor de juventudes, como rezan los eslóganes escolapios, pero, amigos, poseía unas virtudes que pocos hombres, curas o no, tenían, humanidad y un corazón tan amplio como su pecho.

Lo descubrí un día, tras observarlo detenidamente durante algún tiempo. Al entrar en el colegio para las clases de por la tarde y atravesar la puerta principal que daba al jardín, siempre me lo encontraba apoyado en la fuente central del mismo. “¿qué estaría haciendo allí el Padre Blas?”,- me preguntaba-, hasta que por fin, me atreví a espiarlo.

De forma sigilosa, recorrí un pequeño pasillo de albero y me fui aproximando a donde Blas, ensimismado, se encontraba. Al llegar a escasos dos metros de él, semioculto entre rosales y geranios le observé.

En su mano izquierda sostenía un gran mendrugo de pan, mientras, con la derecha lo pellizcaba, haciendo que pequeñas virutas cayesen al interior de la fuente. Al contacto con la superficie, un sinfín de pequeños peces, acudía boquiabierto a recibir su alimento diario.

Un hombre preocupado por dar de comer a indefensos y pequeños peces, qué sentimientos de afecto no tendría hacia sus jóvenes alumnos.

A veces, cuando el sol le daba en la cara, entrecerraba los ojos en una duermevela otoñal, quizás, añorando ese pueblo que le vio crecer en su Castilla natal o tal vez en unos ancianos padres a los que apenas si visitaba.

A veces sonreía, yo creo que pensando en aquél su primer y único amor con una muchacha del pueblo, y cuyo fracaso le impulsó definitivamente a tomar los hábitos escolapios.

SENSACIONES..... de solidaridad

Con las lágrimas de José M^a Cervera, cuando el Padre Rufino nos comunicó, celebrando misa en la iglesia del colegio, que siendo consecuente con sus votos de obediencia, abandonaba el colegio para dirigirse a un país extranjero y que siempre nos llevaría en su corazón.

SENSACIONESde tristeza infinita

Al enterarme, recién entrado al colegio, que Fernando Cobo no tenía padre, puesto que éste había fallecido. Ese día, cuando llegué a mi casa, lloré. Por eso hacia Fernando Cobo he tenido siempre un afecto especial. Ni mayor ni menor que el que puedo sentir por cualquiera de vosotros, pero sí distinto.

SENSACIONES..... de profunda camaradería

En la primavera del sesenta y ocho, los estudiantes y los intelectuales franceses, pretendían, a base de barricadas y canciones protesta, cambiar el curso de la historia de la República Francesa e imprimir un nuevo giro al pensamiento político de Europa.

Durante unos meses, Vietnam se convirtió en París, Dylan y Baez en Brel y Becaud, el Olympia parisino asilando a los cantautores de la izquierda europea....., pues bien, una tarde de esa vital, importantísima primavera, yo salí del colegio y me fui al Cine San Vicente.

Proyectaban la película "20.000 leguas de viaje submarino". Una película en la que Kirk Douglas, transformado en un fornido arponero, luchaba cuerpo a cuerpo con un gigantesco monstruo marino que amenazaba con engullirse a un submarino entero. El submarino, estaba comandado por un capitán, mitad loco, mitad filósofo, que, al contrario que Ghandi, pretendía, usando la violencia, acabar con la violencia.

¡Cómo no recordar las espectaculares escenas de luchas y batallas, el colorido, la acción y el ritmo de la película, como todas las que nacían de la imaginación del genial Julio Verne¡, pero sin duda alguna, el recuerdo más grato que conservo de aquella velada, es la compañía que llevaba, ya que tuve el honor y el orgullo de asistir al ya

desaparecido cine, acompañado de mis tres compañeros de colegio, mis tres amigos, mis tres camaradas, Alfonso García Borja, Antonio Aguilera y aquél de quién con los años – quién lo hubiera dicho entonces-, me convertiría felizmente en cuñado, Pepín Díaz-Borrego.

Pero..., volvamos al Patio de arena. La hostia.

Magnífica, espectacular, brutal y dolorosa hostia. El golpe me interesó el mentón y el maxilar superior izquierdo, también el inferior, con el dedo gordo, las fosas nasales y con el de en medio, el pabellón auricular izquierdo, vulgo la oreja. Es decir, que me dio en todo el careto. Cómo de fuerte no sería el porrazo, que enseguida mis amigos se arremolinaron en torno mío para intentar consolarme.

Unos, los más “enteraillos” del grupo opinaban que D.Antonio Alejo golpeaba así de fuerte porque había pertenecido a las Juventudes Hitlerianas, otros, intentando poner cordura, decían que no, que es que D.Antonio, en su tiempo libre, era boxeador amateur, en cambio, el más sensato de todos, un chaval llamado Juan Calasancio, sin dejar de mover negativamente la cabeza, daba a entender que no, que ni una cosa ni la otra, mientras musitaba por lo bajini, “es que es un hijo de puta, es que es un hijo de puta”.

SENSACIONES.... de libertad absoluta

Las de las tardes de futbolines en la calle Alhóndiga, donde Paquito Gómez Recolta se empeñaba en demostrar, día tras día, que él, jugando a ping-pong con la mano izquierda, era mejor que Manolo Díaz Salazar jugando con la derecha, mientras un cigarrillo Ducados, apoyado sobre la mesa, dejaba restos de nicotina sobre el filo blanco del tapete de juegos

.....De madurez incipiente

Cuando paseando por la calle Escuelas Pías con D.Antonio Martín Flores, se empeñaba en inculcarme que con voluntad, tesón y pundonor, se podían alcanzar las mismas metas que con inteligencia.

Voluntad, tesón, pundonor... conceptos ya obsoletos. Conceptos que ninguno de nosotros aprendimos estudiando el Fuero del Trabajo ni los Principios Generales del Movimiento, ni las Leyes Fundamentales del Estado ni el Fuero de los Españoles.

Antes bien, conceptos, ensayos, historias, enseñanzas, que emanaban de los libros de lectura recomendados, Aprendiz de Hombre, Convivencia Humana...., educación y libros tachados de fascistas por los amigos de lo políticamente correcto y que nos gobiernan desde hace demasiado tiempo. En su ignorancia, jamás llegarán, ni siquiera a saber, que esos libros tan denostados, fueron escritos por señores de la solvencia moral de D. Enrique Fuentes Quintana, D.Fernando Abril Martorell, los profesores y sociólogos Velarde y Ruiz, o por ese icono del comunismo teórico como fue D. Ramón Tamames.

SENSACIONES.... de orgullo

Hacia la figura de quien hoy ocupa un destacadísimo puesto dentro de nuestras Fuerzas de Orden Público. En aquella época, ya con bíceps y pectorales formados, llorando ante la más mínima riña a la que le sometía ese profesor, a quien con cariño, pero también con un poquito de mala leche, apodábamos "el Cachas".

JOSE MANUEL ESPINA, nos has demostrado a todos, que en este país, a pesar de nuestros políticos, se pueden alcanzar las metas más altas en una carrera como la tuya, también con honradez.

SENSACIONES.... de carcajadas desenfrenadas

Las de aquella calurosa mañana, en la que Juan José Fajardo, por error, endosó una dolorosa sardineta en el trasero de D.Ramón Ortega, al confundir el culo del insigne matemático con el culo de cualquiera de nosotros.

Ese día, D.Ramón, nos había impartido una clase magistral, (creo que sobre el Teorema de Pitágoras) y exhausto y acalorado esperaba el fin de la misma para poder refrescarse con un poco de agua, pero la clase se prolongaba más de la cuenta. Al Hermano Antonio, encargado de tocar la campana anunciando el final de la clase y por tanto, unos minutos de descanso, se le fue el santo al cielo y justo en ese momento se estaba fumando un cigarro mientras tonteaba con una de las profesoras del Jardín de la Infancia.

Por fin, con quince minutos de retraso, oímos el familiar tañido. Al oirlo, D. Ramón tiró la tiza al suelo y se encaminó, raudo, a los bebederos del Patio de la Virgen. Cuando el buen hombre se agachó y adoptó aquella indecorosa postura, saboreando el frescor del agua, Fajardo, quien de forma silenciosa, se había colocado estratégicamente a su retaguardia, en un hábil movimiento de zig-zag, tipo látigo, rozó con sus dedos la nalga izquierda de su profesor. El aguijonazo fue terrible.

D. Ramón sintió por un momento algo parecido a un “coitus interruptus” y se revolvió hecho una furia.

Los testigos, recuerdan que se encaró con Fajardo. La figura de Fajardo se empequeñeció, la de D. Ramón se creció hasta llegar al cara a cara, sus ojos despedían chispas, los puños crispados, las sienes enrojecidas, la vena del cuello como una tubería del quince.....Piensan, los que presenciaron la escena, que afortunadamente en aquella época, los profesores de matemáticas tenían prohibido llevar armas de fuego al colegio, de lo contrario, a buen seguro, que el metro ochenta y cinco, que ya por entonces medía Fajardo, no se encontraría hoy felizmente entre nosotros.

Un Juan José Fajardo que algo más tarde, me comentó, que fue sin querer, que no se había dado cuenta; yo le creí, era mi amigo. Pero casualmente, el mes anterior, D. Ramón le había puesto un dos en matemáticas. Que cada cual piense lo que quiera....

SENSACIONES.... de adolescencia desbordada

Las de las tardes de Mayo en el Salón de Actos del Colegio, donde los curas se empeñaban, a base de ejercicios espirituales y cánticos a María, retrasar inútilmente lo que la naturaleza, desde que el mundo es mundo y en progresión geométrica iba generando en todos y cada uno de nuestros poros.

SENSACIONES.....de protección y seguridad

Las que me proporcionaba las anchas espaldas del compañero que en clase de sexto me precedía en la fila de bancas. Espaldas que me resguardaban de las miradas de los profesores, impidiendo de esta forma que al cruzarse con las mías pudiesen sacarme a la pizarra.

Pelo negro y rizado, camisas de cuadros en tonos azules y amarillos, buen compañero, honesto, noble y sencillo, apuntando ya las cualidades que dos siglos antes, el Duque de Ahumada diseñara para su gloriosa Benemérita.

.....de conformismo cristiano

Cuando caigo en la cuenta de que jamás volveremos a fijarnos en las paletas rotas de Cruz Delgado, ni en la cara aniñada de Felipe, ni en la sonrisa de Campoy ni en el pelo ondulado de un Bocanegra de aspecto bonachón.

SENSACIONES..... de olor a café

Las que dejaron en nosotros las clases de gimnasia en el patio de arena, donde un Palacín con sotana intentaba rematar de cabeza una pelota y donde ¡Oh milagro!, un niño del “C” se pasó todo el curso jugando al fútbol con una pierna escayolada.

Dedos amarillentos en D.José Garrido y hombría de bien en Sánchez Centeno.

Sensaciones de Somnolencia, durante las clases de francés con el Padre Jara o de aburrimiento, las de Historia del Arte con Santos. El arte innato de D. José Macías, la geografía lírica del Padre Vicente o los pareados y los tetrástrofos monorrimos de Juan Moreno.

La proximidad de Quirós, las Ciencias de la Naturaleza de un campesino de Badolatosa, o el esperanto afrancesado de D. Fernando Armenta (como diría Juan Calasancio, “si Victor Hugo levantara la cabeza...”).

La geometría colorista de Cormenzana, el rigor histórico de Hurtado, los consejos y el cine-fórum de Millán, el coleccionismo de títulos de Oliver o las filosofías de Espejo.

En fin, amigos, toda una pléyade de sensaciones de aquella época de nuestra vida en la que aún, para nosotros, los años eran largos y el tiempo transcurría de forma lenta, muy lenta.

Sensaciones y vivencias que poco a poco hemos ido incorporando a nuestro carácter y a nuestra personalidad y que han hecho de nosotros, con permiso del Sr. Zapatero, unos hombres como Dios manda.

Por eso, me gustaría que el día de mañana, cuando ya ninguno de los presentes nos encontremos aquí, al ser recordados por nuestros hijos, no quisiera que nos evocaran como el médico o el arquitecto que fuimos, ni como abogado o gestor, profesor, trabajador o empresario; mi mayor orgullo sería que cuando llegue ese momento, nuestros hijos dijeran de nosotros, simplemente, “mi padre fue alumno escolapio”.

Sevilla, Febrero 2.011

José L..Fuentes Luna